

vilas y sus casas 1. En su vila particular, contaba Valeriano quinientos esclavos, dos mil vacas, mil jumentos, diez mil ovejas y quince mil cabras 2. Gordiano, todavía de simple particular, tenía inmensas posesiones en todas las provincias del imperio. Mientras fué edil, dió doce veces al pueblo romano presentes de gladiadores, cuyos gastos hizo de su fortuna privada. Algunas veces hizo aparecer quinientos pares de gladiadores, y nunca ménos de cincuenta. En un solo día dió cien fieras africanas; otro día mil osos de Germania. En todas las ciudades de la Campania, de la Etruria, de la Umbria, de la Emilia y del Picenum, dió también con su dinero juegos públicos, que duraron cuatro días 3. Para compendiar esta lista, que sería fácil aumentar, contentémonos con nombrar á los dos Plinio, á Séneca el filósofo y á Ciceron.

Plinio el mayor, además de las riquezas que le daban el mando de la flota romana, poseía inmensos tesoros. Lo sabemos por su sobrino. «Siendo mi tío, dice él, gobernador de España, estuvo en ocasión de vender una de sus obras á Largo Licinio, en cien mil escudos, pero se negó á ello diciendo que ya no sabía qué hacer con su dinero 4.» Plinio el joven, era incomparablemente más rico que su tío. Sin haber sido rogado, hizo á la hija de Quintiliano, el día de su matrimonio, un presente de cincuenta mil escudos 5. Romano Firmo, uno de sus amigos, recibió trescientos mil escudos para entrar en la orden ecuestre 6; y Calvina, parienta suya, una dote de cien mil escudos 7. Metelo Crispo, cuarenta mil, los niños *ingenios, ingenii*, cincuenta

1 Plin; XXXIII, c. 10.

2 Yopise. in Valer.

3 Capitolin. in Gord.; et Cord. in id.

4 Epist. ad Marc. lib. 3.

5 Epist. ad Quintil., lib. 6.

6 Epist. lib. I.

7 Epist. 2 ad Calvin.

mil para su educación 1. Poseía, además, numerosas vilas de una magnificencia real. Sus dos vilas de Toscana y de Sorrento, situadas á orillas del mar, y en donde componía sus obras, eran de un lujo oriental. Tenía otras muchas en el Lacio, una en Prenesto, una en Tusculum, una en Tivoli y otra por la cual le ofrecían novecientos mil escudos 2; y en fin, para hacer más grande otra, gastó ochenta mil escudos de oro 3.

Séneca el filósofo, el preceptor de Nerón, era un moralista austero, que condenaba con energía los desórdenes de su tiempo, que declamaba elocuentemente contra los ricos. «¿Hasta cuándo, les decía, detendréis los límites de vuestras posesiones? La tierra que bastaba á un pueblo, es demasiado pequeña para un solo dueño. Todo esto es demasiado poco; es preciso que vuestras heredades, *latifundia*, rodeen mares enteros, y que vuestro administrador reine al mismo tiempo en las orillas del Adriático, del mar Jónico y del mar Egeo (4).» Ahora bien, Séneca gozaba de más de cien millones de fortuna (5). ¡Pobre hombre!

En cuanto á Ciceron, no hay uno de nosotros que no le conozca; no hay uno á quien no se le haya presentado, no solo como modelo de elocuencia, sino también de austeridad republicana y de desinterés filosófico. ¿No es él, el que ha condenado á Verrés, el que ha escrito tan bellas páginas sobre el desprecio de las riquezas, y otras tantas máximas de moral y de probidad? Pues bien, arrancadle la máscara. Ciceron, nacido en la oscuridad, autor de su propia fortuna y el primer hombre de su familia, como lo decía él un día, poseía

1 Epist. ad Canin. lib. 7.

2 Epist. ad Fabulum et ad Corelian. lib. 3.

3 Ad Calvinium Rufum. lib. 3.

4 Epist. 89.

5 Tacit., *Annal.*, XIV.

en Roma una vila que había comprado á Crespo en cosa de seiscientos mil francos 120,000 pesos. Poseía una vila real en Túsculo, con baños, mosaicos, teatros, pórticos de mármol, estatuas y otros adornos necesarios del lujo antiguo; otra en Formio (Mola di Gaeta), no ménos suntuosa; otra en Baia, de tal modo rica, que el Senado mismo, poco rigorista en la materia, quedó escandalizado; una casa en Pompeya, otra vila en Arpino, su patria; otra, cerca de Agnani, su vila de Almatea, á la cual llama él, su *alma*; por fin, en la misma Roma, y en la vertiente del monte Aventino, el austero republicano era propietario de no sé cuántas tabernas ó tiendas, con cuyas rentas, que llegaban á diez y seis mil trescientos setenta y seis escudos, pagaba la pensión de su hijo que estudiaba en Atenas 1.

¿Cuáles eran las fuentes de esas increíbles y rápidas fortunas? Había dos principales: la usura y el gobierno de las provincias. Primero se hubiera detenido al Tiber en su curso, que impedir la usura entre los romanos. Se dieron para ella reglamentos [2] y la hacían todos, aun Catón; se prestaba al quince, al doce, al cuarenta y ocho, al sesenta por ciento mensual (3). Si el deudor no podía pagar, se hacía esclavo de su acreedor, que vendiéndole en seguida, encontraba un medio seguro de indemnizarse (4). Pero, para prestar, es necesario tener dinero, y el gran medio de reunirlo era el gobierno de las provincias. Se arrendaba á la compañía de los publicanos [5] la percepción del impuesto, y la duración de las adjudicaciones

1 Cic. *ad Attic.*, XVI, 1.

2 Tit Liv., VII, 42.

3 Cic. *de Offic.*, II, 25.

4 Horat., I. p. 2, V. 14. Plut. in Caton., 45. Aul. Gell., XX, 1.

5 Administradores de rentas entre los romanos. N. del T.

era por cinco años [1]. Se adoptaron la publicidad y la concurrencia para la adjudicación del arrendamiento de los impuestos y hacían subir este arrendamiento á un precio muy alto, porque la compañía que ofrecía más, obtenía la preferencia. Había en todos grande empeño en subir las posturas, porque, la percepción, abandonada enteramente á los arrendatarios, ofrecía inmensos recursos, por su régimen, casi enteramente arbitrario. Los agricultores y los pastores, eran los únicos que sabían lo que debían pagar; los demás contribuyentes lo ignoraban, en razón de que se guardaba en secreto la tarifa legal de cada impuesto, lo cual daba á los publicanos el medio de aumentar el derecho sin que se les pudiese reclamar [2]. La rapacidad de los arrendatarios excede á toda imaginación. Para pagar el impuesto, había provincias en que los padres se veían obligados á vender á sus hijos, y las ciudades vendían las ofrendas consagradas en sus templos, como los cuadros y las estatuas de los dioses; y si todo esto no bastaba, los desgraciados ciudadanos eran adjudicados como esclavos á sus desapiadados acreedores. Lo que sufrían antes de ser reducidos de este modo á la esclavitud, no es nada, comparado con los males que después les sobrevenían, y eran: ya los tormentos, las prisiones, los potros, ya la permanencia al aire libre, en donde durante el estío eran quemados por el sol, y durante el invierno, sumergidos en el lodo ó en el hielo 3.

Los gobernadores de las provincias cómplices comunes de los publicanos, cerraban los ojos y los favorecían ampliamente con su criminal silencio. Era preciso que la sed del oro fuese insaciable en todos aquellos hombres, y que hubiese se-

1 Cic. *ad Attic.*, VI, 2.

2 Tacit. *Annal.*, III, 51.

3 Plut. in Lucull., 35.

cado sus entrañas, para que cometiesen las exacciones y violencias de que está cargada su historia. En efecto, el Estado suministraba á cada gobernador de provincia, carros, mulas, navíos, tiendas, vajillas de plata, trigo, y todo lo que era necesario para un equipaje militar: 1 además, tenían á su disposición, para gastos de su misión y pagar su comitiva, una fuerte suma sacada del tesoro público. 2 En esta suma, llamada *vasarium*, estaban también comprendidas las gratificaciones para todas las personas de su séquito á quienes querían dárselas. 3 Para tener una idea de la magnificencia con que Roma hacia viajar á sus procónsules, es necesario saber que el *vasarium* de Pison, procónsul de Macedonia por el año de 696, fué de tres millones seiscientos sesenta mil francos! 4 (732,000 pesos.)

Parece que con esto habia para satisfacer la avaricia más ardiente. Desengañémonos; aun antes de entrar á sus provincias, se hacian pagar los gobernadores indemnizaciones legales en todos los lugares por donde pasaban. 5 En lugar de seguir el itinerario más corto, tomaban el más largo, para tener más ocasiones de repetir sus exacciones. 6 Una vez que llegaban á su gobernacion seguidos de una multitud de amigos y de criados, exigian sumas considerables para festines y otros gastos por el estilo; 7 éstos eran los más moderados. En cuanto á los demas, para satisfacer su rapacidad, la mayor parte de ellos creaba impuestos de todo género y vendian la justicia. 8 ¿No hizo Félix la barbaridad de tener injustamente á San Pablo en una

1 Cic. in Verr., 5; V. 32, Suet. in Aug., 26.

2 Cic. in Pison., 35; pro Arch.

3 Cic. in Pison., 35; pro Arch.

4 Cic. id., id.

5 Cic., and Attic., V. 12.

6 Cic., in Vatín., 5.

7 Plut., in Cat., 15.

8 Cic. pro Font., 78.

prision durante dos años, para sacarle dinero? Y esto era solo un pecadillo en la vida de aquellos bajás corrompidos y ladrones, cuyo retrato nos ha dado el mismo Ciceron. «Enviamos á las provincias, exclama él á hombres capaces tal vez de rechazar al enemigo; pero cuya entrada á las ciudades de nuestros aliados difiere muy poco de la entrada de un enemigo á una ciudad tomada por asalto. 1 Todas las provincias gimen, todos los pueblos libres se quejan, todos los reinos gritan contra nuestra codicia y nuestras violencias. No hay de aquí al océano ningun lugar, por remoto ú oculto que esté, á donde no hayan penetrado la iniquidad y la tiranía de nuestros conciudadanos. El pueblo romano podrá contra las armas y las revoluciones, pero no contra las quejas del Universo.» 2 «¿Quién ha podido inducirte á la rebelion?—preguntaba Tiberio á un gefe de bárbaros.—Vos mismo, respondió él, que enviáis para guardar vuestros rebaños no perros, sino lobos.» 3 Esta palabra resume toda la historia de los procónsules romanos.

Dos rasgos acabarán de pintar esta opresion monstruosa, cuya idea nos es tan difícil concebir á nosotros los cristianos, así como tampoco comprender la sed de sangre que no podia extinguir las carnicerías del anfiteatro. Pues bien, por una ironía cruel, aquella tiranía todopoderosa de los gobernadores, se extendia hasta exigir que todos se diesen por contentos con ellos. Si; cuando se habian engreido en una provincia, condenaban á todos sus desgraciados habitantes, á mandar solemnes diputaciones á Roma, para que allí diesen testimonio de su buena conducta, y llevasen

1 Pro leg Mmil., 5.

2 Cic., in Verr., III, 89.

3 Dio, lib. V, p. 653.

al Senado el panegirico oficial de sus opresores. 1

En seguida, añadiendo á la irrision la más incalificable hipocresía, volvian á Roma aquellos espantosos concusionarios, cargados de oro, y pasaban sus ratos de ocio en componer tratados de moral, elegias sobre los vicios de su época, ó declamaciones contra la ambicion y la codicia de los grandes. ¿No es desde el fondo de sus jardines, cimentados con la sangre de la Numidia, desde donde el virtuoso Salustio escribia á César estas palabras: «El mayor bien que podeis hacer á la patria, á los ciudadanos, á vos mismo, á vuestros hijos, y en fin á todo el mundo, es destruir la pasion del dinero, ó debilitarla en cuanto lo permitan las oportunidades? Sin esto, es imposible, en paz ó en guerra, poner algun orden en los negocios, ya particulares, ya públicos; porque desde que la sed de las riquezas se apodera de nosotros, no son bastante á contenernos, los talentos, el espíritu, ni nada; el corazon mismo, más tarde ó más temprano, acaba por sucumbir.» 2 Ciceron, Séneca, Plinio el Joven, Caton, no hicieron otra cosa, pero esto no impide al último exclamar en el tono más patético: «Los ladrones particulares, pasan su vida entre cadenas y prisiones; los ladrones públicos entre el oro y la purpura.» 3 Pero, basta ya; es preciso evitar, al escribir la historia antigua, el caer en hacer la biografía moderna. ¡Ojalá y puedan los pormenores que preceden, penetrarnos de reconocimiento hácia el Evangelio, y haciéndonos temblar santamente al recordar aquella loba romana, que durante tantos siglos, desgarró con sus dientes de fierro y pulverizó con sus piés de bronce, al género humano convertido en su presa!

1 Cic., Ep. ad. famil. III, 8.

2 Epist. 1, and Cæs., 10.

3 Aul. Gell., XI, 18.

Bajando de las alturas del Quirinal, nos dirigimos despues hácia la iglesia de San Pedro ad Vincula. En nuestro itinerario se encontraba la antigua vía *Scelerata* en donde Julia, muger de Tarquino el Soberbio, hizo pasar su carro sobre el cadáver de su padre. Muchos recuerdos surgen de aquella parte del Esquilino, ocupada hoy por las dos iglesias de San Pedro y de San Martin de los Montes. Los baños de Tito, los de Trajano y de Adriano, el templo de Esculapio, edificado por Diocleciano, una parte de los jardines de Neron, recuerdan uno de los cuarteles más célebres de la antigua Roma. La iglesia que vamos á visitar debe su nombre y su celebridad, á las cadenas que el príncipe de los apóstoles llevó, como su divino Maestro, para dar libertad al mundo. Pasa por haber sido en su origen, un oratorio, dedicado por San Pedro mismo al *Salvador*. Fué quemada en el incendio de Neron, y destruida para dar lugar á los jardines de la Casa de Oro, y despues fué muchas veces restaurada. ¡Tan grande así era el interes de los cristianos en conservar, por un monumento perpétuo, el tránsito del Apóstol! La emperatriz Eudoxia, esposa de Valentiniano III, la mandó renovar completamente, y de aquí le viene el nombre de basilica Eudoxiana, que ha tenido muchas veces en la historia. Cambió este nombre en el de San Pedro ad Vincula, cuando recibió en depósito la doble cadena con que en Jerusalem habia sido cargado el Apóstol por Heródes, y en Roma por Neron. Más tarde hablaré de la época y de la historia de este hecho memorable. En este templo, uno de los más venerables del mundo, encuentran el artista y el cristiano, motivos para admirar y edificarse.

Ved aquí desde luego la antigua y milagrosa imágen de mosaico, de San Sebastian. La elegante inscripcion colocada al lado del altar del mártir, dice que este al-

tar es un *ex-voto* de la ciudad de Roma, súbitamente librada de la peste en 629; á la izquierda de la entrada, una pintura contemporánea representa al natural los espantosos pormenores de la epidemia. Cerca de todos esos monumentos antiguos, los tiempos modernos han colocado sus obras maestras. En primer rango brilla el mausoleo en mármol del papa Julio II, uno de los más célebres de Italia; y el incomparable Moisés de Miguel Angel, forma su más bello adorno. El legislador hebreo está sentado con las tablas de la ley en el brazo derecho y en actitud de hablar (*nell' alto di parlare*) al pueblo á quien está viendo seriamente y de quien parece quejarse. El artista no necesita de otro modelo para estudiar las proporciones y las posturas del cuerpo humano; el médico mismo puede, en presencia de aquella estatua, hacer un curso de anatomía; no hay un solo músculo, ni una fibra saliente, que no encuentre, y cuya dirección y forma puede seguir sin trabajo. Esta obra maestra es de mármol blanco y de una estatura colosal. En cuanto á la inspiración, es de lamentarse que Miguel Angel la haya buscado en el Olimpo y en la historia profana, más bien que en la Biblia. En efecto, Moisés tiene la cabeza de un César y la barba de un Neptuno. Como quiera que sea, confieso que jamás estatua alguna me había admirado de una manera tan viva. Cuando me iba alejando de ella, me parecía todavía que Moisés me perseguía con su mirada. Por esto todos los *cicerone* repiten que Miguel Angel, contemplando su obra después de acabada, le descargó un martillazo en la rodilla, exclamando: *¡Anda, puesto que vives!*

El marmol no contestó al artista. Es más feliz el artista cristiano á quien es dado oír en aquella iglesia, voces amigas, cuyos acentos resuenan poderosamente en su corazón. Catolicidad de la fe, amor evan-

gético á la virtud, valor heroico, caridad divina más fuerte que la muerte, hé aquí lo que le repiten la madre de los Macabeos con sus siete hijos, cristianos ántes de Jesucristo, cuyos gloriosos huesos, descansan bajo el altar; el pontífice mártir San Saturnino, y las ilustres vírgenes, Bárbara, Constanca, Emerenciana, Inés, Prisca, Margarita, Juliana; y los veteranos del ejército cristiano, Hipólito, Nabor, Paulo, cuyas reliquias enriquecen las diferentes partes de aquel venerable santuario. Y oye también la voz de San Leon el Grande, porque es donde el elocuente pontífice, el vencedor de Atila y el salvador de Roma, predicó su primer sermón sobre los Macabeos. A todas estas voces, se mezcla como un acompañamiento, el ruido de las cadenas apostólicas, gloriosamente llevadas por Pedro y Pablo y regadas con las lágrimas de tantos millones de peregrinos. Nosotros también ardíamos en deseos de verlas y besarlas; pero la triple cerradura que las protege en su caja de bronce, no se abre nunca sin permiso del Santo Padre, y nosotros no le teníamos.

Si al salir de San Pedro se toma á la derecha una pequeña calle tortuosa, se llega en pocos momentos á *San Martín de los Montes*. Esta iglesia pertenece á los carmelitas. La exquisita limpieza y el buen gusto que reinan en todas sus partes, la riqueza de sus dorados, la belleza de sus pavimentos de mármol, la elegancia de sus columnas en número de veinticuatro, todas antiguas, de diferentes mármoles y de órden corintio; pero sobre todo los frescos de los costados, obra inmortal de Poussino, la colocan en el primer rango de las iglesias de Roma. Mas todo este brillante espectáculo, no fija largo tiempo la atención del peregrino católico. Abajo de aquella iglesia resplandeciente de oro y mármol, hay otra adornada con solo las arrugas de la vejez y la modesta compostura

de la pobreza primitiva; y esa iglesia atrae el corazón. El cristianismo que en los tiempos de la persecución se refugiaba por todas partes, en los subterráneos, en las cuevas, en las ruinas, vino un día á ocultarse en los baños medio destruidos, de Tito. El papa San Silvestre celebró en este templo, de un nuevo género, dos concilios famosos; el primero, el año 324, en presencia de Constantino, de Santa Elena su madre y de Calpurnio Pison, prefecto de Roma; contáronse en dicho concilio ochenta y cuatro obispos. El segundo, compuesto de doscientos veinticinco padres, tuvo lugar el año siguiente en el mismo lugar.

Allí se confirmó, con la autoridad de la sede apostólica, el concilio general de Nicea; allí fueron condenados irrevocablemente Arrio, Sabelio y Victorino; allí fueron quemados sus detestables escritos 1.

A estos preciosos recuerdos, reúne la iglesia subterránea, monumentos de gran interés: ¿veis aquel mosaico muy antiguo? Es obra de los primeros siglos y representa á la Eva misteriosa á quien el mismo Dios prometió la victoria sobre el dragón, es decir, como lo entienden los santos padres, el triunfo del Evangelio, la destrucción de los tiranos, la ruina de las herejías, la paz del mundo á la sombra de la cruz 2. A los pies de María, está el papa San Silvestre. Como testigo feliz del buen éxito de la gran lucha, se apresuró á rendir homenaje á la Virgen victoriosa, dándole un título que desde hace quince siglos, repiten todas las generaciones católicas con la efusión de su agradecido amor: *Gaudium Christianorum*, «alegría de los cristianos.» ¡Hombres infortunados, que no teneis hácia nuestros ritos y oraciones el respeto religioso mandado por la fe, enseñaos al ménos á conservarles la veneración

1 Mazzolari, *Basilische sacra*, t. VI

2 Per te toto terrarum orbe constructæ sunt ecclesiæ. S. Cyril Alexand.

humana que os inspiran los monumentos de la antigüedad! ¿Sabeis vosotros acaso que esta sencilla palabra demuestra uno de los hechos más grandes de la historia?

En medio de otras pinturas de fecha muy remota, se encuentra el respaldo de piedra del trono pontifical de San Silvestre. Su forma y sus dimensiones, descubren su edad y no dejan duda en el espíritu del arqueólogo ejercitado. Una pequeña caja cuidadosamente guardada, encierra la mitra, el manípulo, la estola y una sandalia del mismo pontífice. Para formar de aquel venerable subterráneo una página completa de nuestra historia, era necesario que el santo papa recibiese los honores de la religión, en el mismo lugar en que habia librado por ella tan gloriosos combates; y esta condición se cumplió. San Silvestre descansa aquí, rodeado de un numeroso cortejo de mártires, cuya sangre defendió la fe que el pontífice afirmó con sus oráculos. La tabla de Sergio II, fija en la pared, dice: «En tiempo del papa Sergio el jóven, fueron colocados en este altar, los cuerpos del B. Silvestre papa, y de los B. B. Fabian y Sotero, papas y mártires; de los santos mártires, Antonio, Sistano, Polion, Teodoro, Nicandro, Crescenciano; de las B. B. vírgenes mártires, Sotera, Paulina, Memmia, Juliana, Cirila, Teopista, Sofia, y muchos otros, cuyos nombres son conocidos por solo Dios.» Todos estos sagrados cuerpos fueron traídos de la catacumba de Santa Priscila, cerca de la vía *Salaria*.

Después de haber dado mil acciones de gracias á aquellos fundadores de la fe y de la libertad del mundo, fuimos á venerar uno de los instrumentos de sus suplicios. Al avanzar por la iglesia subterránea, nos fué dado ver, besar y levantar con nuestras manos, una de aquellas piedras homicidas, que los paganos colgaban en el

cuello ó en los piés de nuestros padres, según que los precipitaban á las olas, ó según que los suspendían de los árboles. Nos pareció que pesaba como cuarenta libras, contando también el anillo de fierro que la penetra.

23 DE DICIEMBRE.

Tiendas de Navidad.—El Vaticano.—Biblioteca.—Libro de Enrique VIII.—Museo Cristiano.—Inscripciones.—Museos paganos.—El Laoconte.—Historia de esta estatua.—Cartones de Rafael.—Habitaciones y Cámaras de Rafael.—Galerías.—La Transfiguración.—Historia de esta obra maestra.—Las artes y el papado.

Algunos benévolos amigos habían formado el complot de llevarnos, sin saberlo nosotros, al palacio del Vaticano, para que visitásemos la famosa biblioteca. So pretexto de no sé qué paseo, nos dejamos cojer en la red, y á las diez salíamos de la plaza de Minerva en número de ocho personas. Se nos hizo atravesar en zigzag los diferentes cuarteles que nos separaban del Tiber; esta era una nueva conspiración; pero ¿cómo quejarnos, cuando teníamos el gusto de pasar entre dos filas de encantadoras tiendas, preparadas para las *buenas fiestas*? Estos almacenes improvisados, en los cuales se encontraba el conjunto más variado de lo que puede alhagar el gusto y la vista, estaban situados en un pueblo de compradores de siete á diez años. Los pequeños pesebres era lo que les llamaba la atención y les provocaban ardientes deseos de tenerlos. Esto es porque en Roma el *presepio*, pesebre, ocupa todos los pensamientos y se encuentra en todas las casas. Durante el Adviento y las fiestas de Navidad, se reúnen dos ó tres generaciones á rezar y á conversar al rededor de la cuna, artísticamente adornada y ricamente iluminada del niño de Bethlem. La Na-

vidad es para el pueblo romano, más que para cualquiera otro, una fiesta capital, una fiesta de familia. Así, en la ciudad cristiana no es el buen año el que se desea, sino la buena fiesta. El *capo d'anno* [cabo de año], no es nada, Navidad es todo. ¿No es, en efecto, muy lógico escoger para asociarse, reunirse y expresarse los mutuos deseos, el aniversario del acontecimiento más social, y por consiguiente más feliz que se haya marcado en los anales del mundo?

Me ocupaba de estos pensamientos, cuando llegamos al Vaticano. ¡Salud, morada augusta del vicario de Jesucristo! ¡Salud, palacio inmenso de donde salen los oráculos que arreglan la fe de la humanidad! ¡Salud, edificio magnífico, que por un glorioso privilegio, debes tu existencia al genio de los más famosos arquitectos de los tiempos modernos! Bramante, Rafael, Pirro, Ligorio, Fontana, Maderno, Bernini, vuestros nombres inmortales, brillan en las bóvedas, en las galerías, en los pórticos, en los muros de ese monumento digno de vosotros y digno del soberano que lo habita. Como edificado en diferentes épocas, el Vaticano es más bien una reunión de palacios, que un palacio único. Tiene 180 toesas de largo sobre 120 de ancho. No pudiendo visitar en un solo día aquel mundo de maravillas, limitamos nuestro estudio á las partes avanzadas que rodean la capilla Sixtina y Paulina, así como los departamentos íntimos del padre común de los cristianos, á quien se le puede llamar también el padre de las ciencias y de las artes. Nuestra primera estación fué la biblioteca. La gran sala que forma su principal cuerpo tiene 216 piés de largo, 48 de ancho y 28 de alto. Esta sala, está dividida en dos naves por siete pilastras. Todo aquello que puede satisfacer al espíritu y á los sentidos, se encuentra reunido allí, con perfecto gusto. El mármol, las pin-

turas, los dorados, brillan sobre vuestras cabezas y bajo vuestros piés. Al rededor de las pilastras y de las paredes, están dispuestos los armarios que encierran los manuscritos. Sobre estos armarios se ha colocado una parte de la gran colección de jarras italo-grecas, del Vaticano. En el espacio de pared que sigue por una parte de los armarios hasta la bóveda, está pintada al fresco, la historia universal del espíritu humano, es decir, la historia de las bibliotecas y de los libros, desde Adán hasta los tiempos modernos; y por otra, la historia completa del espíritu cristiano, es decir, la historia de todos los concilios generales con los principales acontecimientos eclesiásticos, desde Jesucristo hasta Leon XII.

La biblioteca vaticana, excede á todas las demás bibliotecas de Italia, y tal vez del mundo, en el número de los manuscritos griegos, latinos, italianos y orientales, y cuenta de ellos veinticuatro ó veinticinco mil. Se nos enseñó una biblia hebrea en vitela, con iluminaciones, la más magnífica sin disputa que haya existido jamás. Vimos también un Virgilio del siglo V, y un Cicerón de la misma época. Pero lo que interesa vivamente, es el famoso libro de Enrique VIII rey de Inglaterra, contra Lutero. 1 Al fin de la obra, se leen estas palabras, *Anglorum Rea, Henricus, Leoni decimo mittit hoc opus ad fidei testem et amicitiam, Henricus*. Enrique rey de Inglaterra, ofrece á Leon X esta obra en testimonio de su fe y de su amistad. Enrique." Toda la frase es de Enrique VIII, cuyo carácter y cuyo corazón parecen revelarse en su

1 Hé aquí su título. *Assertio septem sacramentorum adversus Martinum Lutherum, edita ab invictissimo Angliæ et Franciæ rege et domine Hyberniæ. Henrico ejus nomine octavo; apud inclytam urbem Leddinum in ædibus Pinsonianis 1521, 4 idus Julii, cum privilegio á rege indulto.*

carácter de letra, largo, brusco, irregular y enredado. Como quiera que sea, *Assertio* valió al real apologista, el título de *Defensor de la fe*, que le confirió Leon X. ¿Podría creerse que los sucesores prototantes del príncipe cismático, conservan todavía grabada en sus monedas esta gloriosa denominación? Pues bien, si alguna vez cae á vuestras manos una guinea británica, vereis en ella, después de los nombres y títulos del soberano, estas dos letras: F. D., *defensor de la fe*.

Al lado de esta obra vimos otra muy diferente del mismo autor. En el mismo cartón se conservan las cartas autógrafas que el príncipe libertino escribía á Ana Bolena. Véase cuán cierto es que la incredulidad es una planta que echa raíz en el fango, ó como decía el espiritual obispo de Amiens, que *el corazón es el que perjudica á la cabeza*.

De la biblioteca se sube á dos galerías paralelas que forman juntas una longitud de cien pasos, y contienen también manuscritos y libros. En el cuarto salón de la galería, á la izquierda, está el museo sagrado. Esta colección de antigüedades cristianas inspira un grande interés y produce una viva impresión. Allí se conservan, entre otros objetos, peines y uñas de fierro de que se servían los verdugos para desgarrar á los mártires. En presencia de aquellos instrumentos espantosos, se mira que es fácil creer en una religión, cuyos testigos han desafiado semejantes suplicios. Del espanto se pasa á la ternura, cuando se ven allí cerca los pobres utensilios de los primeros fieles; sus cálices de nácar y de vidrio; las cucharas y los tubos con que nuestros padres bebían la sangre que hizo á los mártires. Los crucifijos hallados en las catacumbas, y las pinturas de todas edades, llaman sucesivamente la atención del artista y del cristiano. Entre

estas últimas contemplamos con gusto una virgen de medio perfil de Lippo Domenicano, el piadoso y el inmortal autor de la *Madonna del Velluto*. Sigue otro salon llamado de los *Papyrus*, porque allí se conservan muchas cartas escritas durante el siglo sexto, sobre corteza de papyrus. Este soberbio salon, inerustado con mármoles raros y adornado con frescos de Mengs, da entrada á la vasta sala de los libros impresos; ésta comunica con el gabinete de las medallas.

No léjos de allí está el *corredor de las Inscripciones*. Este es un libro de dos partes, que contiene la historia profana y la historia sagrada escritas en mármol. La idea de esta coleccion de inscripciones se debe al papa Pio VII. Cayetano Marini, uno de los más ilustres sábios de los tiempos modernos, fijó por orden del pontífice en las paredes de la inmensa galería, con un orden y un arte maravilloso, de un lado, las inscripciones paganas, y del otro, las inscripciones cristianas de las catacumbas. Entre estas últimas hay sobre todo dos, que me parecieron exquisitas por su sencillez, su fe y su piadosa melancolía. La primera es de una ilustre matrona convertida por el amor de Dios en una de aquellas viudas tan célebres en la historia de la caridad primitiva:

OCTAVLE MATRONE,
VIDUE DEI.

A OCTAVIA MATRONA,
VIUDA DE DIOS.

La segunda es de una niña:

PEREGRINA VIXIT.

AN. VIII. M. VIII. D. V.

MURIÓ EN PEREGRINACION.

NUEVE AÑOS, NUEVE MESES, CINCO DIAS,

¡*Peregrina Vixit!* (Vivió en peregrinacion). ¡Qué bien expresan estas palabras el misterio de la vida humana! ¡Cuán bien definido está el nombre!

Recorrimos sucesivamente los numerosos museos que hacen del Vaticano el cuartel general de las artes, y cuyos nombres, queridos de los católicos, son un homenaje inmortal á nuestros pontífices. Ya es el departamento *Borgia*; ya el museo *Pio Clementino*, porque es debido á los papas Clemente XIII, Clemente XIV y Pio VI; ya el museo de *Pio VII*, ó el museo Egipcio y Atico; ya el museo de Gregorio XVI, ó el museo Etrusco. Leon X, Inocencio XI, Julio II y una multitud de otros soberanos pontífices, viven en las inmortales colecciones que están dando testimonio de su gusto exquisito, y de su generoso amor por las artes. Serian necesarios muchos volúmenes, para dar un catálogo detallado de todos los objetos preciosos que llenan aquellos vastos salones. Sarcófagos, estatuas, bustos, bajos relieves de todo género, fuentes de mármol y de basalto, carros de bronce, vasos, utensilios, candelabros, grupos de todas formas; hé ahí de lo que se componen las magnificencias paganas del Vaticano. Entre tantas obras maestras, hay algunas, que no nos perdonariamos pasar en silencio.

En el museo *Pio Clementino*, admiramos, como todo el mundo, el *Tronco del Belvedere*. Esta obra soberbia de mármol blanco, hallada en las Termas de Caracalla, es un fragmento de una estatua de Hércules descansando. La inscripcion griega, colocada en la base, dice que fué su autor Apolonio, hijo de Néstor el Ateniese. Vinieron en seguida el *Meleagro* y el célebre grupo de *Laoconte*, y sus dos hijos devorados por serpientes. Después de haber descrito Plinio esta obra maestra, añade: "El *Laoconte* fué colocado en el palacio de Tito y se debe á tres escultores de Rodas, Agesandro, Polydoro y Atenodoro (1)".

(1). Sicut in Laocoonte qui est in Titi domo, opus omnibus et picturae et statuariae artis antefendum, ex imo lapide eum et liberos, draco-

¿Pero qué habia sido de él? ¿habia perecido como tantos otros monumentos, en los diferentes saqueos de Roma? ¿Los bárbaros se lo habian llevado? Nadie podia responder sobre esto. A principios del siglo XVI, mandó el papa Julio II practicar excavaciones en los diferentes cuarteles de Roma. Un dia le vinieron á anunciar que los obreros acababan de encontrar en las cercanías de las *Siete Salas*, un grupo de mármol de un cincel griego admirable. A esta noticia acuden los artistas y los sábios á los jardines de Tito y reconocen al *Laoconte*, tal como Plinio lo habia descrito. El entusiasmo llegó á su colmo, y por la tarde, todas las campanas suenan anunciando el feliz descubrimiento. Los poetas no duermen en la noche, y se preparan para saludar la vuelta de la obra maestra antigua en plena luz, con sonetos, himnos y canciones. El dia siguiente en la mañana, Roma entera está de fiesta. La estatua adornada con flores y ramas, atraviesa la ciudad al són de la música; las damas están en las ventanas aplaudiendo con las manos; los sacerdotes formados en hilera, se descubren á vista de la obra maestra, y el pueblo todo, anda en las calles acompañando con sus alegres cantos, al *Laoconte*, que hace su entrada triunfal al Vaticano.

Una vez colocada la estatua en su pedestal, se retira Julio II á sus habitaciones y comienza entónces una nueva fiesta en que Sadoleto, coronada su cabeza con yedra, canta el dichoso acontecimiento en una oda que todos los humanistas saben de memoria (1). A los versos del poeta, la corte sabia, prorrumpa en gritos de admiracion. ¡Viva Sadoleto! ¡Viva Virgilio! "Habiase olvidado el *Laoconte*. Por la

num mirabiles nexus de concilli setentia fecere summi artifices Agesander, Polydorus et Athenodorus Rhodii. *Lib. XXXVI, c. 6.*—Estos artistas vivian por el año de Roma 324.

1 Ecce alto terrae, etc.

tarde encontró Sadoleto en su cuarto un bello manuscrito de Platon: éste era un regalo del papa. En cuanto á Félix de Frédis, que habia descubierto la preciosa estatua, recibió como presente del papa una parte de las rentas de la gabela de la puerta de San Juan de Letran, y el título de notario apostólico (I). Así es como en todos tiempos se mostraron siempre los papas protectores magnánimos de los artistas y amantes esclarecidos de las artes.

En otro salon del mismo museo vimos el célebre *Mercurio del Belvedere*, conocido bajo el nombre de Antinoo; luego la *Dormilona*; luego, en fin, la obra maestra de la estatuaria antigua, el *Apolo del Belvedere*. Debo decir que la desnudez aparece en todas las producciones griegas y romanas, y que en el Vaticano, como en Florencia y en otras partes, conviene mirar pero no ver. Por esto, á pesar de mi deseo de entusiasmarme, no hice más que admirar el talento superior de los antiguos en la reproduccion de las formas y en la expresion de la belleza material. Así como los artistas paganos son perfectos cuando se trata de todo lo que los ojos pueden ver y las manos tocar, así son nulos, ó casi nulos, cuando se trata de elevarse á lo que es divino y celeste en sus obras. El *Apolo del Belvedere*, por ejemplo, es una soberbia academia, un magnífico jóven, un héroe tambien, si quereis, pero un dios, nunca.

Si la escultura representa noblemente á la antigüedad en el palacio del Vaticano, con no ménos lustre, la pintura tambien, hace brillar en él la gloria de los tiempos modernos. Aquí es preciso tambien renunciar, no solo á describir, sino á nombrar. Cuando habeis atravesado la magnífica galería de las *Cartas geográficas*, llamada así,

2 Winkelmann, *Historia del arte*. Richardson, t. III, p. 711.